

# Asociatividad, redes sociales y desarrollo local

HERNANDO ZABALA SALAZAR

Fundación Universitaria Luis Amigó, Colombia

**RESUMEN** • En el presente artículo se realizan una serie de reflexiones teóricas y metodológicas acerca del fenómeno de la asociatividad, que parten de entender a la asociación como un hecho absolutamente natural, presente en el devenir histórico de la humanidad, que se constituye en instrumento idóneo para alcanzar su progreso y sostenerse como especie. Dicho análisis se efectúa alrededor de las dimensiones filosófica, integracionista y contemporánea, las cuales sustentan la revisión de problemas metodológicos surgidos en los procesos de formación de la asociatividad, entre los que se destacan la visión del modelo de desarrollo, las formas de intervención de agentes externos sobre las comunidades y el aporte al desarrollo local.

**RESUMO** • Este artigo comporta uma série de reflexões teóricas e metodológicas sobre o fenômeno do associativismo que propõe considerar a associação como um fato absolutamente natural, integrado à evolução histórica da humanidade e que se constitui em um instrumento apropriado para beneficiar seu progresso e sua manutenção como espécie. Essa análise é realizada com base nas dimensões filosófica, integracionista e contemporânea, sobre as quais apoia-se a revisão dos problemas metodológicos originados dos processos de formação do associativismo. Dentre esses processos, emanam a visão do modelo de desenvolvimento, as formas de intervenção dos agentes externos sobre as comunidades e a contribuição ao desenvolvimento local.

**RÉSUMÉ** • L'article comporte une série de réflexions théoriques et méthodologiques sur le phénomène de l'associativité qui proposent de considérer l'association comme un fait absolument naturel, présent dans le devenir historique de l'humanité et qui se constitue en un instrument approprié pour favoriser son progrès et son maintien comme espèce. Cette analyse est réalisée quant aux dimensions philosophique, intégrationniste et contemporaine, sur lesquelles s'appuie la révision de problèmes méthodologiques issus des processus de formation de l'associativité. Parmi ces processus, ressortent la vision du modèle de développement, les formes d'intervention des agents externes sur les communautés et l'apport au développement local.

**SUMMARY** • This article comprises a series of theoretical and methodological reflections on the phenomenon of associativeness, asking us to consider "association" as an altogether natural fact, present in the future

historical progression of humankind, and as a tool that can well serve to advance its progress and help ensure its continued existence as a species. This analysis encompasses philosophical, integrationist and contemporary dimensions on which is based the revision of methodological problems resulting from the developmental processes of associativeness. Prominent among these processes are the vision of the model for development, the forms of intervention of external agents in communities, and contributions to local development.

## INTRODUCCIÓN

Resulta evidente que en un mundo dominado por las racionalidades económicas y sociales de corte capitalista se pretenda hacer de los esfuerzos comunitarios, manifestados en sus formas de organización, experiencias de asociación y acumulados económicos, un elemento que refuerce el factor capital. Es por eso que, desde las lógicas capitalistas, el llamado capital social no puede ser más que un elemento constitutivo de sus pretensiones de dominio del mercado. Pero, si se observa ese proceso desde la vertiente misma de las comunidades y de los pueblos, los acumulados económicos no son más que el resultado histórico de sus procesos organizativos y se constituyen en mecanismos que sostienen la cohesión social. Estos acumulados –pretéritos y presentes– se han producido por intermedio de una acción conciente que se genera en el interior de los grupos sociales que encuentran en su semejanza la palanca suficiente para romper las barreras de sus carencias y fragilidades. Esa acción es lo que se ha dado en llamar *asociatividad*.

En las siguientes notas se presentan un conjunto de reflexiones teóricas y metodológicas relacionadas con el fenómeno de la asociatividad. En primer lugar, son reflexiones que buscan hacer comprender que la asociación es un fenómeno natural que está presente en el devenir histórico de la humanidad, siendo el instrumento más idóneo para alcanzar su progreso y sostenerse como especie. Fenómeno que adquiere una especial significación en el amanecer del siglo XXI y que se coloca como alternativa de respuesta a las múltiples necesidades humanas. En segundo lugar, desde una perspectiva metodológica, se presentan algunas reflexiones que expresan las maneras cómo se produce la asociatividad en la intención de descubrir los problemas que se encuentran en dicho camino, sobre todo cuando se le coloca –en algunos países y territorios– como parte importante de la política pública contemporánea para contribuir al desarrollo local y al mejoramiento de las condiciones de vida de la gente.

## 1. REFLEXIONES TEÓRICAS E HISTÓRICAS

*Asociatividad*, como tal, es un concepto propiamente moderno. Aunque ha sido recientemente reconocido por la Real Academia Española, ha venido siendo utilizado por la ciencia económica al ser incorporado al discurso contemporáneo relacionado con la implementación de políticas neoliberales y sus correspondientes contrapartidas.

Para comprender el concepto *asociatividad* es necesario realizar un corto recorrido en torno de la palabra de la cual se desprende: *Asociación*. Esta acepción se puede entender desde dos puntos de vista. El primero tiene que ver con su fenomenología: se define como acción y efecto de asociar (esto es, juntar una cosa con otra, de suerte que se hermanen o concurran a un mismo fin). En el segundo se explica desde su consecuencia: entendida como el conjunto de asociados para un mismo fin o la persona jurídica por ellos formada.

Así las cosas, la *asociatividad* podría definirse como el proceso que hace posible la *asociación* y también como la actitud que asume el individuo para aceptar hacer parte del grupo asociado.

Entendida como proceso, la *asociatividad* comprende todas aquellas acciones previas a la configuración de una asociación humana, entre otras: descubrimiento de las afinidades, entendimiento entre quienes admiten la semejanza, establecimiento de un horizonte común, definición y acuerdo de reglas de juego, aceptación de responsabilidades individuales y de grupo, comprensión de las jerarquías y abordaje de una estructura interna.

En seguimiento de estas acciones, la individualidad –comprendiendo sus limitaciones y la incapacidad de asumir ciertas tareas o propósitos atendiendo a sus propios y exclusivos esfuerzos– supera la barrera del individualismo y acepta concientemente los horizontes, roles y reglas que el grupo ha identificado. Esa actitud de separarse del individualismo –aunq manteniendo la individualidad– se puede entender también como asociatividad.

Pero esta sencilla definición del concepto *asociatividad* y de la palabra de la cual proviene, requiere una mejor explicación, abordando su análisis desde las dimensiones filosófica, integracionista y contemporánea. La teoría explicativa de los fenómenos de la asociación y la asociatividad debe estudiarse a la luz de tales dimensiones.

En lo filosófico, porque desde los primeros tratados de la filosofía antigua hasta los producidos por los reformadores sociales de comienzos del siglo XIX, el problema de la asociación humana, sus causas y sus consecuencias, se constituyó en el centro de los debates que permitieron establecer propuestas de mejor organización de la sociedad hacia el encuentro de la felicidad. En lo integracionista (que pudiera también

entenderse como una dimensión organicista) porque todo proceso asociacionista debe producir, necesariamente, unas determinadas estructuras sociales, al interior de las cuales (y por intermedio de las cuales) se hacen posibles los objetivos de los grupos humanos que alcanzan su semejanza en la medida de la identificación previa de los mismos durante el proceso de asociatividad. Y es contemporánea, como consecuencia del descubrimiento de intensas debilidades y carencias por parte de grupos humanos diversos que se enfrentan a las políticas del neo-capitalismo.

### 1.1. La dimensión filosófica

Las reflexiones de Aristóteles, relacionadas con la búsqueda de mecanismos explicativos para construir la *polis* y la definición de criterios para gobernarla (el arte de la *política*), llevaron a descubrir el principio rector de la permanencia de la especie humana: su tendencia a la *sociabilidad*. De ahí el axioma conocido de que los humanos “somos seres sociales por excelencia”. Este primer concepto aristotélico rompe con una idea común en el mundo occidental que estigmatiza a los humanos señalándoles como seres que actúan motivados por una moral egoísta (centrada en el *yo*) y, por tanto, que aceptan fácilmente el individualismo por encima de la asociatividad.

Contrario a esa opinión generalizada, Aristóteles propone el principio de la asociación. De acuerdo con el mismo, la comunidad de semejanzas (alcanzada en torno de la *polis*) es el motor del autoabastecimiento que hace posible la producción de condiciones materiales de existencia. Esta comunidad de semejanzas, que es la esencia del grupo social organizado (al cual se orienta la *política*), comprende cuatro pilares fundamentales, a partir de los cuales se pueden identificar los principios de la asociatividad:

a) En dicha comunidad debe haber algo que “*sea uno y común y lo mismo para unos y otros, tanto si participan de ello por igual como desigualmente*” (Aristóteles, 2000: 25).

b) “*Cuando de dos cosas una es medio y la otra fin, nada hay entre ellas de común, como no sea que la una da y la otra recibe*” (Aristóteles, 2000: 25).

c) Esta comunidad, expresada en la *polis*, tiene por fin la vida más perfecta posible.

d) Esta comunidad no es una muchedumbre cualquiera, sino una autosuficiente para la vida.

En el primero de estos conceptos, se encuentra que la asociación se forja a través del hallazgo de un objetivo que sea “uno” y “común”; esto es, un propósito identificable y aceptado por todos los miembros de

dicha comunidad, independientemente de las características de cada individualidad, la que se compromete en participar de dicho objetivo mediante acciones que lo hagan ejecutable y la obtención de beneficios del mismo, aceptando la regla de la equidad (esto es que en la ejecución y en el beneficio, el individuo puede participar por igual o desigualmente respecto de otros individuos).

Recuerda Aristóteles que el papel de quienes participan en el proceso de asociatividad no puede ser pasivo, porque en tal caso el ejercicio asociativo tendría un beneficiario que no participó del proceso. La vida en asociación implica el compartir espacios, actitudes y aptitudes para participar de ella: debe entenderse que sólo cuando se comparte y se participa se llega a encontrar, respetar y defender la *democracia*, el principio rector de la *política*.

El objetivo último de esta asociación humana es “la vida más perfecta posible”. Se trata pues de un proceso de hermanamiento que parte de entender la existencia de carencias o fragilidades de quienes emprenden la acción, proponiéndose la superación de las mismas de forma mancomunada, para alcanzar niveles más altos de felicidad humana. Por ello se busca la autosuficiencia para la vida y si no fuera así, ese grupo humano nunca alcanzaría la categoría de comunidad.

Pero, en la asociación no caben todos. Sólo participan de ella quienes comparten las carencias o fragilidades, aceptan el propósito común y participan activamente en su logro.

Este descubrimiento es la ratificación de que el devenir de la sociedad humana y el progreso no son más que el resultado de la formación de comunidades de semejanza que, a través de un proceso de asociatividad, crearon numerosísimas asociaciones, al interior de las cuales se produjeron extensas dinámicas de trabajo en cooperación. De ahí que el poder social que mantiene los vínculos de la sociabilidad humana no es más que la institución de la asociación.

Muchos siglos después de Aristóteles, la palabra *asociación* recuperó la personalidad perdida en los tiempos del oscurantismo, a través de la llamada *doctrina asociacionista* formulada por los más connotados filósofos reformadores del siglo XIX.

La doctrina organicista aportó conocimientos científicos para interpretar y prever la organización humana: como todos los seres de la naturaleza, el hombre tiende a la asociación, obedeciendo a la debilidad que manifiesta como individuo frente a los fenómenos amenazantes del entorno. Las nuevas ciencias, empeñadas en descubrir los modos de operar de todo fenómeno, descubrieron que la asociación es una ley natural y que entre los seres humanos adquiere una especial significación no sólo para la permanencia de la especie sino también para su propia

convivencia y sustento; por eso Charles Gide llegó a decir que “no hay un solo aspecto de la actividad humana que no esté representado por alguna forma de asociación nacida espontáneamente” (Gide, 1968: 133).

Como conclusión del proceso de observación de la sociedad humana que iniciaron los científicos sociales reformadores, Teilhard de Chardin propuso, finalmente, una síntesis: la asociación “representa uno de los mecanismos más universales, más constantes y, por consiguiente, los más significativos, utilizados por la Vida para su expansión”. Es gracias a este proceso que las sustancias vivas, entre las que se cuenta a los humanos, llegan a “constituirse en masas suficientemente voluminosas para escapar a las innumerables servidumbres exteriores” (De Chardin, 1984: 115).

La asociación adquiere una especial perspectiva entre los seres humanos y ello porque la ley natural, unida al fenómeno del pensamiento, logra una nueva significación porque ya no se trata de la conservación o la prolongación de la especie, sino que se avanza hacia el perfeccionamiento de la conciencia común. Esto es, con la asociación, al interior de la cual se produce el trabajo en cooperación, se generan las nuevas realidades, las transformaciones del entorno, las mentalidades colectivas y la evolución del pensamiento social.

Con razón Ludwig Feuerbach discernía al respecto que “la esencia del hombre reside únicamente en la comunidad, *en la unidad del hombre con el hombre*: una unidad que, empero, no reposa sino en la *realidad* de la *diferencia* entre el *yo* y el *tú*” (Feuerbach, 1976: 123).

Sobre este particular, el autor de este artículo explica que: “La *sociabilidad* cobra forma en la *asociación* humana, única institución que respeta los vínculos, la comunidad de semejanzas y mantiene al hombre en libertad. Sólo allí es posible unir las fuerzas para realizar los fines comunes. Sólo ella ha hecho posible las gigantescas empresas humanas. Sólo en ella se conserva la *Comunidad* y se produce la *Cooperación*” (Zabala, 1998: 86).

## 1.2. La dimensión integracionista de los grupos humanos organizados

El proceso que hace de los individuos seres menos finitos y débiles, realizado mediante la intervención de múltiples acciones de asociatividad, produce, en un primer momento, los grupos y, como resultado final, la organización (la estructura formalizada de los acuerdos del grupo por intermedio de la cual se busca el alcance del objetivo común).

Este nuevo proceso de asociatividad surge cuando la comunidad antigua fue perdiendo poder de decisión ante la fuerte presencia de las estructuras estatales, llevando a que los sectores más desprotegidos o que no participaban de una manera preponderante de las instancias

dominantes, asumieran por su cuenta las antiguas funciones de la asociación municipal.

Son los artesanos y los comerciantes quienes iniciaron el cambio en las estructuras de asociación. Estas uniones de grupos humanos identificados en torno a un oficio o a una determinada actividad económica, tienen su origen simultáneamente en todas las grandes civilizaciones mediterráneas, durante el período de disgregación de la ciudad antigua y de formación de los estados federados. En el ejemplo ateniense, los miembros de estas asociaciones “se reunían para sacrificar a ciertas divinidades y para celebrar sus fiestas en común; fuera de esto, ayudaban a aquellos compañeros que se hallaban en circunstancias apremiantes y cuidaban de sus funerales. Eran a la vez asociaciones religiosas y de socorro mutuo. A veces, osadamente, asumían carácter político y comercial. Semejantes corporaciones privadas, reconocidas por el Estado, tenían su presidencia y demás dignatarios, sus sacerdotes, sus fondos, que provenían de las contribuciones de los miembros y de la generosidad de los bienhechores” (Husslein, 1932: 20).

Cuando se disuelven los grandes imperios de la antigüedad, influenciadas por las tradiciones sajonas y de los llamados “pueblos bárbaros” reaparecen las dos formas previas de asociación: la comunidad aldeana y el gremio<sup>1</sup>.

La asociación que se produce en la aldea medieval –siguiendo la misma lógica de la ciudad antigua–, no sólo era un agrupamiento para el disfrute de la tierra común, sino también para el cultivo común y para el apoyo mutuo en todas las formas posibles. En las aldeas medievales se estableció una nueva comunidad de semejanza, que en Francia tuvo por nombre *commune*, la cual adoptó sus propias reglas y estableció una estructura administrativa completamente autónoma. Durante un tiempo se retornó a las bases de la ciudad aristotélica, con comunidad de semejanza, autonomía y autoabastecimiento, cuyo objetivo principal era asegurar la libertad, la administración propia y la paz, basado en el trabajo que se aseguraba a través de las guildas o los gremios.

Posteriormente, ante el avance del capitalismo, la asociación comunal perdió preponderancia y los gremios clásicos sucumbieron ante el poder de las corporaciones. Pero durante aquellos años, los artesanos y los obreros redescubrieron las lógicas de la asociación para la supervivencia, la defensa y la solidaridad.

Entre los antiguos gremios comunales, los cofrades, las sociedades de socorro mutuo, los sindicatos y las cooperativas surgidas en el fragor de la Revolución Industrial parece haber una línea de continuidad. En todo caso, las motivaciones que les llevaron a constituirse y las prácticas de reciprocidad que en ellas se ejercieron, presentan un fino hilo de identidad, independiente del espacio y el tiempo.

Y es que la ley natural de la asociación se abre paso a pesar del tiempo y del espacio, ya que se presenta con independencia de las fuerzas dominantes. Por esta razón, los reformadores sociales que sustentaron proyectos diversos en respuesta a las terribles alternativas del capitalismo, redescubrieron la fórmula asociacionista y la propusieron como único camino de reorganización de la sociedad para instaurar la justicia, la equidad y la paz.

Así pues, ante la disolución de la comunidad antigua y de las estructuras de semejanza entre quienes compartían un mismo territorio u oficio, el debate filosófico del siglo XIX se centró en la pregunta acerca de quien sustentaría el *bien común* y la respuesta dividiría a los pensadores en múltiples tendencias y escuelas. Los revolucionarios franceses y los bonapartistas, los imperialistas alemanes y los marxistas, los cristianos y los teóricos de las nuevas economías, le apostaron al Estado como única estructura capaz de resolver la orfandad dejada por la comunidad antigua, la aldea comunal y la asociación gremial. Por su lado, aislados por la fuerza avasallante de sus contradictores, los utopistas sociales continuaron sosteniendo la tesis de que sólo la asociación económica autónoma, con fuertes raíces territoriales, podría ser la única salida a la creciente pauperización de las masas.

Y mientras las más variadas escuelas de pensamiento debatían las posibilidades de un porvenir más alegre y sostenible para todos, el capitalismo avanzaba más y más; y, haciéndose la misma pregunta de sus detractores acerca del bien común, sus teóricos respondieron al unísono: *¡a la corporación! ¡a la organización industrial!*

Así fue como “las viejas comunidades –familia, aldea, parroquia, etcétera– casi han desaparecido... Su lugar ha sido en gran medida ocupado por la nueva unidad de integración social: la organización (Drucker, 2002: 66)”.

Para Peter Drucker existe una clara diferencia entre la asociación antigua y la propuesta por los profetas del capitalismo: la pertenencia a la comunidad era vista como parte del destino, mientras que la pertenencia a la organización resultaba voluntaria, dentro del marco del contrato capitalista. En la comunidad antigua, esta reclamaba para sí a la persona total, mientras que la organización apenas es un medio para los fines del individuo.

Este famoso teórico contemporáneo prácticamente se pregunta lo mismo que los pensadores decimonónicos: “¿Quién, entonces, realiza las tareas sociales?”. Esto es, parafraseando a Aristóteles: ¿quién responde por la autosuficiencia para la vida y el mayor bien posible para todos?.

Explica Drucker que durante el siglo XX se presentaron dos respuestas a la pregunta enunciada, las que finalmente resultaron equivocadas. La primera nació en la Alemania de Bismarck, cuando se dieron los iniciales

pasos hacia el Estado benefactor: los problemas del sector social podrían, deberían y tendrían que ser resueltos por el gobierno. Esa respuesta devino en una inmensa burocracia que, a la postre, resultó ineficiente. Al respecto, concluye el autor que: “El gobierno tiene un gran papel que desempeñar en las tareas sociales, debe diseñar políticas, determinar los patrones a seguir, y en una gran medida, debe funcionar como tesorero. Pero como agencia *a cargo* de los servicios sociales ha demostrado ser casi totalmente incompetente” (Drucker, 2002: 67).

La segunda respuesta frente a la responsabilidad social fue formulada por el mismo Drucker en su libro de 1942 (*El futuro del hombre industrial*): “Mi argumento entonces era que la nueva organización –y hace más de cincuenta años eso significaba la gran empresa de negocios– debía ser la comunidad en la que el individuo encontrara su estatus y su función, con lo que la comunidad de la planta, continuaba mi argumento, se convertiría en el lugar donde por cuya acción las tareas sociales serían organizadas” (Drucker, 2002: 68). Esto es, la comunidad antigua debía ser reemplazada por la gran corporación industrial, la cual debía encargarse de suministrar lo necesario para la vida del trabajador. Así, mediante esta pretensión, las grandes corporaciones se convertirían en comunidad y serían las sucesoras de la aldea antigua y la familia patriarcal.

Pero tal propuesta tampoco fructificó. La razón de la incapacidad de la “organización” por constituirse en una comunidad para el disfrute del mayor bien posible, es la de que la relación que ésta establece con sus miembros no es estable: de un lado, la organización asume la política de flexibilización en su rol de empleadora; del otro, en el mundo de hoy, sobre todo los trabajadores del conocimiento, ven a la organización sólo como un instrumento para lograr sus propios objetivos y rechazan todo aquello que los ate, subordinando sus propias aspiraciones a los objetivos y valores de la organización.

En síntesis, para Drucker, ni el Estado ni la corporación capitalista son los instrumentos más idóneos para lograr los objetivos últimos de la asociación humana. ¿Cuál es, pues, la respuesta correcta?

Se trata de un nuevo *sector social* independiente. El llamado *tercer sector*. La verdad es que ante la disgregación del Estado y la concentración corporativa, la tendencia universal ha sido hacia la formación de multitud de pequeñas organizaciones de todo tipo que dan respuesta a la pregunta de quién asume las funciones sociales. Así, a instancias del nuevo capitalismo, se ha forjado una sociedad de organizaciones, no corporativas, sino del estilo de los gremios antiguos y medievales. Sostiene Drucker que “todas las tareas sociales en la sociedad de organizaciones son realizadas cada vez más por organizaciones individuales, cada una

creada para una y sólo una tarea social, se trate de educación, salud o limpieza de las calles. Es decir, la sociedad se está haciendo rápidamente pluralista. Sin embargo, nuestras teorías políticas y sociales todavía suponen una sociedad en la que no existe otro centro de poder aparte del gobierno". Sin embargo, como último interrogante frente a este hecho, se pregunta: "Pero en la sociedad de organizaciones, cada una de las nuevas instituciones se preocupa sólo de sus propios objetivos y misión. No reclama poder sobre ninguna otra cosa. Pero tampoco asume responsabilidad por ninguna otra cosa: *¿Quién, entonces, se ocupa del bien común?*" (Drucker, 2002: 68).

### 1.3. La dimensión contemporánea

Con la presentación de las previas reflexiones de Peter Drucker, quien estableció con meridiana claridad las nuevas posibilidades de la asociatividad, se ha querido introducir el tema de la dimensión contemporánea respecto de este fenómeno del devenir de las sociedades humanas.

El siglo XXI inaugura un resurgimiento de la asociación humana. Ya se ha dicho: ella es intemporal y se proyecta en todo momento, en su condición de ley natural.

El experimento neoliberal de los últimos treinta años, no ha sido más que la respuesta del capitalismo a las nuevas líneas de comportamiento de la economía, que pueden resumirse en lo que hoy conocemos como las *megatendencias* globales. Estas realidades, inmersas en los procesos económicos, sociales y políticos, constituyen el amanecer de una nueva era. En estos comienzos del milenio nos hallamos en el vórtice del cambio histórico más trascendente desde la Revolución Industrial: un torbellino de asombrosa innovación tecnológica, con sorprendentes cambios sin precedentes en la economía, la política y la cultura. Estos grandes cambios económicos, políticos y tecnológicos, están influyendo decididamente en todos los individuos y en las sociedades en las cuales se encuentran incluidos.

La tecnología, conjuntamente con los nuevos esquemas de organización de los Estados, el apuntalamiento de una economía basada en la informática, la sensación de movernos en proyectos globales y no locales, el abandono de los esquemas patriarcales y la diversificación cultural, son los componentes clave de las *megatendencias*. La síntesis de esta transformación se resume en la formación de lo que se ha dado en llamar la *sociedad del conocimiento*<sup>2</sup>.

La asociación humana y el proceso de asociatividad que la hace posible, se renueva en la medida en que interviene decididamente para consolidar algunas de las más caracterizadas megatendencias.

a) En la nueva era económica los países experimentan un crecimiento de su interdependencia. En la gran mayoría de ellos se está pasando de ser unas economías aisladas y virtualmente autosuficientes a formar parte de una economía global interdependiente, implicando establecer alianzas de largo plazo con naciones económicamente fuertes o con los grupos económicos regionales dominados por ellas. En este sentido, se produce un fenómeno de asociatividad a gran escala –entre los países o las grandes corporaciones– para poder mantenerse vigente en el mercado. Pero ello también ha llevado a que la actividad industrial se ralentice y se produzca un nuevo reparto de las funciones productivas, mediante el cual cobran inmensa importancia las potencialidades de cada localidad.

b) La sociedad previa (esto es, la sociedad basada en la potencia de la industria) requirió una enorme capacidad centralizadora debido a que se organizó bajo el principio de las economías de gran escala (cuando más se produjera en un solo lugar, tanto más baratos resultaban sus costos). Hoy en día se presenta el fenómeno contrario al consolidarse la sociedad de la información; y las palabras regionalismo, federalismo, localidad, autodeterminación y desarrollo territorial son parte integrante del vocabulario contemporáneo.

Sin embargo, la clave de la descentralización es el poder local, al establecerse con base en el poder de la pertenencia. La descentralización permite mayores oportunidades y posibilidades de elección para los individuos. Así pues, se asiste a un resurgimiento del municipio aristotélico. La asociatividad se presenta en todos los niveles de la vida local y exige de los gobiernos locales acuerdos entre ellos mismos para responder a sus múltiples carencias, las cuales no podrán ser resueltas por el Estado centralizado.

c) Después de los años treinta, los gobiernos asumieron un papel activo respecto de dar respuesta a los servicios sociales exigidos por los ciudadanos. Se forjó tal política al calor de coyunturas sociales y económicas y con respaldo en teorías que fundamentaron el desarrollo en la fuerza predominante de los Estados. Hoy en día, la formación de poderes descentralizados está conduciendo a la paulatina eliminación del gran aparato estatal centralizado. La localización de las relaciones entre individuos y gobiernos, está produciendo el traslado de antiguas responsabilidades estatales hacia la sociedad civil, sobre todo en los campos de la previsión, la seguridad social y la educación.

La presencia cada vez más activa de los grupos organizados de los ciudadanos y de las diferentes expresiones de organización civil, es la respuesta a la eliminación del Estado central benefactor y a la incapacidad del Estado descentralizado para otorgar los más elementos servicios

sociales. Para cumplir con los roles a los que se comprometen y lograr eficiencia en su tarea, las diferentes organizaciones civiles (comunitarias, solidarias y autogestionarias), deben acercarse entre ellas y producir redes sociales que son el elemento central de esta nueva perspectiva de asociatividad.

d) En este nuevo escenario de descentralización política y de servicios sociales, así como de formación de múltiples expresiones organizativas locales, el principio rector es que la gente debe ser parte activa en la toma de las decisiones que le afectan. Ello está implicando un cambio en las prácticas de la democracia representativa. En ese sentido, también la asociatividad adquiere nueva fuerza, al producirse el acercamiento entre los miembros de la comunidad para hacer parte activa de la política. Como en el caso de la propuesta original de Aristóteles, no sólo se trata de asociarse para la autosuficiencia sino también de integrarse para decidir sobre la mejor forma de gobernarse en procura de la sostenibilidad.

e) Como resultado de las transformaciones anteriormente mencionadas, se exige la formación de redes de trabajo, de comunicación, de búsqueda de objetivos comunes. Por eso, también a esta nueva era se le denomina la *sociedad red*. No sólo porque la tecnología así lo indique sino porque las redes, en principio, posibilitan el que los individuos hablen unos con otros y compartan ideas, informaciones y recursos.

Las redes –que podrían interpretarse como expresión casi espontánea de la asociatividad– son indispensables para fomentar la autoayuda, para intercambiar la información, para mejorar la productividad, para compartir recursos y generar nuevas economías de escala. La sociedad en red propulsa a las instituciones para que asuman sus funciones en compañía de otras, facilitándose la eliminación de las jerarquías, la formación de un estilo de trabajo participativo e interdisciplinario y la solución a múltiples carencias, imposibles de resolverse por sí solas.

Sociedad del conocimiento, sociedad de la información, sociedad de la localización, sociedad de la participación, sociedad red: así rápidamente pueden describirse los escenarios principales del mundo contemporáneo.

A esta nueva perspectiva social y económica puede aplicarse la vieja fórmula hegeliana del encuentro de los contrarios. La gran “aldea global” no tiene ningún sentido sin la presencia de fuertes aldeas locales. La gran red de la información no puede existir sin las miles de organizaciones que la sustentan y sin los millones de individuos que la consultan. Las grandes corporaciones deben su éxito a la existencia de numerosísimas empresas que realizan por ellas las actividades complementarias y que llevan sus productos al consumidor final. Lo grande y lo pequeño se entrelazan para forjar las nuevas realidades.

Por eso la pequeñez es el signo de nuestros tiempos. Quien dinamiza el mundo contemporáneo no es la globalización ni la concentración, es la existencia de múltiples unidades pequeñas: sean municipios, microempresas, organizaciones civiles, grupos de trabajo; es decir, colectividades en miniatura. Y es claro que lo pequeño es más resistente a los cambios, más sólido y más sustentable; pero no por el solo hecho de la pequeñez, sino por su consecuencia: la asociación de lo pequeño.

Lo pequeño siempre tiende a asociarse, lo grande a ser único y omnipresente. La asociación y su proceso de formación –la asociatividad– es una ley natural que se produce exclusivamente en relación con la pequeñez y sus limitaciones.

## 2. REFLEXIONES METODOLÓGICAS

La asociatividad se genera entre los seres humanos y sus creaciones: el grupo y la organización.

Dos mil cuatrocientos años hace que Aristóteles estableció las bases de la asociación humana: una comunidad autosuficiente que tiene por fin la vida más perfecta posible.

Hoy en día, como en la antigüedad clásica, esa comunidad sólo se percibe, se encuentra y se produce en el territorio; esto es, en un punto concreto: la localidad.

Si ha de abordarse la asociatividad para que esta produzca una determinada asociación, debe ser en el escenario de lo local.

Lo que los griegos denominaban “vida más perfecta posible” es lo mismo que lo que entienden hoy en día los economistas como *desarrollo*. En todo caso, la vida más perfecta posible (o el desarrollo) sólo se gesta, se produce, se logra y se mide en la dimensión local, en donde está presente todo lo pequeño: el Estado municipal, el barrio, la vereda, el emprendimiento ciudadano, la microempresa, las organizaciones de economía solidaria, las organizaciones civiles, los grupos de comunidad y las redes de participación.

De ahí que para realizar una reflexión sobre la metodología de producción de la asociatividad y de formación de las asociaciones, sea absolutamente necesario comprender el fenómeno de construcción del desarrollo local. Entonces, para explicar la metodología de formación de toda asociación y de las redes que entre dichas creaciones humanas deben producirse, se abordarán algunas reflexiones sobre el caso concreto del territorio antioqueño (departamento colombiano) y sus potencialidades económicas.

## 2.1. ¿Un modelo de desarrollo sectorial o territorial?

Cada vez más gana terreno en las ciencias sociales un punto de vista acerca del desarrollo que no pone el acento en las simples dinámicas del crecimiento y que recuerda que todo comienza con la gente, esto es, con sus necesidades, su tendencia a agruparse para responder a estas necesidades, con su organización y creatividad. Sin esa condición, cualquier recurso permanecerá sólo como un potencial latente. Y no puede ser de otro modo, ya que el desarrollo es producto del trabajo humano y se mide según el resultado de este trabajo, implicando alcanzar altos niveles de bienestar de los componentes sociales productores de la riqueza.

El desarrollo está relacionado con el compromiso de modificar, crear nuevas situaciones o solucionar problemas estructurales que están imposibilitando la satisfacción de las necesidades de quienes integran un determinado sistema. Debe entenderse como un fenómeno centrado en el ser humano, por lo que la economía es un proceso orientado a la generación de satisfactores para las necesidades humanas. Un enfoque dinámico del desarrollo parte de considerar las necesidades y la respuesta de la gente para satisfacerlas.

En esta reinención del desarrollo, cabe destacar el papel de la economía solidaria, ya que ella desarrolla una economía de carácter endógeno que permite construir, primeramente, el desarrollo local.

El espacio local para el desarrollo es el conjunto de interdependencias de orden productivo y sociocultural existentes en los ámbitos local y micro-regional, en donde se interrelacionan las diferentes expresiones de organización empresarial de las comunidades. De su lado, la nueva organización del sistema productivo hace relevante y otorga un renovado protagonismo a la pequeña empresa, que es la característica principal de las organizaciones de economía solidaria.

Estas organizaciones, especialmente las cooperativas, a través de los tiempos se han configurado como una alternativa de desarrollo de los pueblos, y su éxito –en muchos lugares del mundo– se explica principalmente por los siguientes aspectos:

a) Por su capacidad de incidir de manera directa en la formación de una alta calidad de vida entre los sujetos sociales hacia los cuales dirige su acción económica y social. Es consecuencia lógica de que su constitución, organización y objeto social no responden a alternativas de inversión de capitales sino a la clara conciencia de organización de sectores sociales para dar respuesta a las necesidades y aspiraciones que les unen y les convocan al ejercicio de la cooperación. Sus logros no se encuentran medidos por factores cuantitativos ni de maximización de las inversiones ni por propósitos de optimización de los recursos; su éxito radica en el estricto cumplimiento del objeto social para el cual fueron creadas.

b) Porque sus actividades económicas y sociales se encuentran determinadas por su localización. Esto es, por la capacidad de establecerse y echar raíces en un territorio concreto, constituyéndose como un nuevo componente de la cultura de sus gentes. La razón de ser de estas organizaciones son los actores sociales que las crean, quienes fundamentalmente se asocian a ellas en carácter de consumidores, o mejor, de sujetos de la acción empresarial con el propósito de que se les permita un acceso oportuno, suficiente y racional a los satisfactores de necesidades humanas. Su éxito no se encuentra medido por la capacidad de expansión comercial geográfica o de un amplio nivel de transacciones por fuera del circuito económico de dichos emprendimientos.

c) Porque su acción empresarial se dinamiza al ser el resultado de un proceso de encadenamientos de emprendimientos de su mismo tipo, en los cuales se realiza el encuentro de semejanzas y necesidades comunes, logrando –a su vez– producir cooperación en un nivel superior. Generan, así, un ambiente de intercooperación, que no se mide por el tamaño y la cobertura de una empresa individual sino, más bien, por la capacidad de constituirse en grupo empresarial homogéneo en su nivel superior pero autónomo en su individualidad.

En consecuencia, una primera conclusión de orden metodológico es la de que el desarrollo es un fenómeno de orden local y, en este sentido, la mejor alternativa para la producción de satisfactores a las necesidades humanas es la organización nacida de la comunidad local más que de las iniciativas empresariales de orden sectorial.

Lamentablemente esa experiencia histórica universal de la contribución de las formas empresariales solidarias a los programas y propósitos de desarrollo, no ha sido correctamente adaptada a muchos procesos locales, regionales o nacionales. Es el caso de la gran mayoría de las regiones colombianas, tal como la del departamento de Antioquia.

Por efectos diversos, relacionados con el manejo de la política regional o por el entronque con políticas nacionales, en esta región colombiana el fomento económico y las políticas de desarrollo, han estado referidas principalmente a las dinámicas sectoriales, a pesar de que desde los años noventa hay una especial apuesta por el desarrollo local.

El privilegio por una política hacia el incentivo sectorial, tiene efectos sobre la asociatividad, la organización empresarial, la composición del territorio, el poder y la historia.

Desde el punto de vista de la asociatividad, el fomento que hace énfasis en lo sectorial conduce a la formación de gremios separados, incluso con divergencias en la definición de su vinculación a las propias políticas de desarrollo, afianzándose según línea de producción o grupo económico, sin considerar sus vínculos territoriales. Este mismo tipo de

asociatividad, conduce también a privilegiar formas de integración que le son propias: siendo los gremios sólo un mecanismo de integración primaria para responder a criterios de representación (vocería, defensa e interlocución) o para el encuentro de oportunidades comunes de los empresarios de una misma línea. Otros mecanismos –en boga desde los años noventa– son las cadenas productivas, los clusters y demás formas que pretenden realizar economías de escala en variados escenarios (administrativos, de comercialización, tecnológicos, etc.).

Una política de este tipo, finalmente lo que produce es un modelo productivo del mismo carácter: sectorial; generándose problemas de limitación en las actividades productivas y haciendo al territorio dependiente de otros en áreas que podrían ser cubiertas en el mismo, desaprovechándose las vocaciones económicas y las potencialidades de sus gentes.

Los papeles que cumplen los diversos actores del desarrollo, son diferentes en el escenario de formación de una política de incentivo territorial.

En este caso, necesariamente la forma de asociatividad que se produce no es el gremio, sino la asociación productiva local y sus diferentes formas de integración. El acercamiento que se hace entre las personas no tiene por objetivo defender un determinado oficio y lograr representación ante instancias gubernamentales, sino aprovechar las potencialidades de las gentes en una determinada vocación productiva y crear asociaciones que las utilizan en miras a mejorar su calidad de vida y la de su entorno.

En este esquema, la asociatividad se produce por parentesco territorial y por semejanza de oficio e incentiva la asociación para la producción conjunta y/o individual. De ahí que la forma empresarial privilegiada en todo el mundo para potenciar la capacidad productiva local sea la *cooperativa* (o mecanismos organizativos asimilados de economía solidaria).

El modelo de desarrollo que se gesta desde una vertiente territorial se presenta en el nivel local o microregional, estableciéndose diferentes formas de integración para posicionar dicho territorio y formar valores agregados que permitan distribuirse en el mismo. Estas integraciones pueden denominarse circuitos locales o distritos productivos; en todo caso, son redes de producción de bienes y servicios, de satisfactores para la vida, que contribuyen a establecer un sistema productivo local.

Los modelos sectorial y territorial de desarrollo presentan diferencias en relación con las interacciones entre las personas y los grupos. En el primero, la relación es de tipo vertical, deviene en políticas y orientaciones DESDE ARRIBA. En el segundo es de tipo horizontal, deviene en políticas y orientaciones construidas DESDE ABAJO y aceptadas arriba.

Así mismo, es claro que las tendencias de una u otra opción presentan también diferencias en cuanto a la generación de factores de desarrollo y la construcción del propio desarrollo. En el primero se presenta como acumulados que permiten mejorar los niveles de ingreso y la formación de riqueza que se queda en grupos privilegiados. En el segundo, se logra la redistribución de la riqueza y el desarrollo se presenta en un nivel más universal y a escala humana.

## **2.2. Un modelo de intervención que garantice las tareas sociales**

Un problema que se ha detectado en materia de política pública y también de actuación de la sociedad civil sobre las comunidades, en la perspectiva de la generación de factores de desarrollo que eleven las condiciones de vida de la gente, es la confusión entre los diferentes niveles de intervención de los agentes externos (gobiernos, promotores o agencias de desarrollo).

Desde un punto de vista puramente práctico, estas intervenciones pueden ser de tres tipos:

Primera: La relacionada con iniciativas absolutamente localizadas o sectorizadas que pretenden dar respuesta a un problema específico e inmediato. Son intervenciones paliativas que se basan en cierta perspectiva paternalista y responden a situaciones de calamidad social o de extrema pobreza. Estas intervenciones podrían llamarse de primera generación y son fundamentalmente asumidas por el propio Estado y por instituciones religiosas u organismos No Gubernamentales de beneficencia.

Segunda: La relacionada con la formación de actitudes o aptitudes individuales o grupales para dar respuesta ordenada y de largo plazo a situaciones de precariedad y carencias. Se trata de realizar esfuerzos de concienciación respecto del estado en que se encuentran los sujetos, las causas y las posibles soluciones. Responde a situaciones de calamidad social o de extrema pobreza pero no con beneficios materiales sino con intangibles, esperando el cambio de actitudes individuales o la formación de acuerdos comunitarios. Estas intervenciones podrían denominarse de segunda generación y son las preferidas por la mayoría de las ONGs de Desarrollo y por instituciones especializadas del Estado, así como por la Cooperación Internacional.

Tercera: La relacionada con la formación de acuerdos asociativos para constituir una economía de cooperación que encuentre alternativas de ingresos a largo plazo. Está fundamentalmente ubicada en localidades y comunidades específicas con potencialidades y vocaciones económicas concretas. Responde principalmente a situaciones de debilidad

económica y social estructural, pretendiendo el cambio en el nivel económico. Estas intervenciones son las que realizan algunos organismos multilaterales y las organizaciones de economía solidaria de todo tipo. Podrían denominarse de tercera generación.

Pues bien, casi toda la acción gubernamental y de la sociedad civil en Antioquia ha estado centrada en las intervenciones de primera y segunda generación, no entendiendo la importancia de las del tercer nivel. Sobre todo el Estado confunde, en sus políticas y en sus prácticas, las diversas formas de intervención; se realizan acciones de primer nivel buscando resultados de tercer nivel. Esta es una de las grandes fallas en la política pública contemporánea.

### **2.3. La asociatividad y la formación de asociaciones humanas en el nivel económico: clave del desarrollo local**

Un proyecto de desarrollo local es un propósito que debe dinamizar las iniciativas locales. Sino existen tales iniciativas no es posible organizar el desarrollo local. Este es el principio aristotélico de la autosuficiencia, que se mide en el nivel mismo del emprendimiento.

Parece obvio o una verdad de Perogrullo. Sin embargo esto es así, porque el desarrollo, en su expresión concreta, considera una lógica de participación y vinculación de agentes locales. De ahí que Sergio Boisier sostuviera que “*el desarrollo local es socialmente construido*” (Boisier, 1986: 10), esto es, se forja al calor de las iniciativas, de los proyectos y de los agentes locales. El desarrollo local, en sus primeros momentos requiere de agentes externos coadyuvantes, pero éstos no pueden constituirse en los dinamizadores y sólo llegan a obtener la categoría de *facilitadores* en diversas áreas de su primera etapa.

Las iniciativas locales parten de la gente. La gente se reúne para satisfacer sus necesidades y dar respuesta a sus precariedades. Esta reunión se forma a través de la asociatividad.

Pero la asociatividad se ha entendido incorrectamente cuando se parte de considerarla desde el nivel sectorial. En este nivel, la asociatividad es un complemento del esfuerzo productivo individual, mejorando procesos que de otra manera harían ineficiente la acción del individuo.

La asociatividad en el nivel local es otra cosa. Puede que parta –y en la mayoría de los casos parte– del reconocimiento de semejanzas productivas o de oficios, de la identificación de especializaciones productivas de los individuos; pero este encuentro no se realiza para complementar el esfuerzo individual, sino para unir el esfuerzo productivo de uno al de otros y construir economías de escala, con base en la productividad del trabajo y no sólo en el nivel del factor gestión.

La asociatividad de este tipo se realiza en el ámbito local. Posteriormente puede presentarse la federalización en el nivel microregional o regional. Pero primero está la localidad.

Sin embargo, es necesario resaltar que esta asociatividad local no nace del rol de productores (es decir, considerando su función productiva) sino del rol de consumidores que asumen los individuos y sus organizaciones.

En unos casos, cada individuo realiza esfuerzos independientes en su proceso productivo, sin estructuras empresariales de ningún tipo, y son víctimas de la intermediación o de los abusos en la adquisición de los insumos o en la asistencia técnica o en el financiamiento. El encuentro de estos individuos se basa en el descubrimiento de UNA NECESIDAD o UNA CARENCIA que es igual para todos. Reúnen sus fuerzas productivas para dar salida asociada a sus necesidades o carencias. Los productores, aunque mantienen el carácter de tales, se subsumen en la asociación, la cual organiza el factor trabajo y orienta la gestión.

En los procesos de fomento económico predominantes hoy en día, sobre todo desde las esferas estatales, se comete el error de reunir a la gente –en el nivel local– exclusivamente por su carácter de productores y de ahí deviene que la política (especialmente la que proviene del Estado) se convierta en SECTORIAL. Muchos agentes del desarrollo no han podido entender que es más fácil la asociatividad cuando en el nivel local se descubren las fragilidades y se convence de la necesidad agrupamiento para eliminarlas. Este otro tipo de asociatividad no es paliativa sino estructural.

En otros casos, se trata de individuos que asumen el rol estricto de consumidores de bienes o servicios. La asociatividad se verifica cuando se identifica UNA NECESIDAD DE CONSUMO COMÚN. Los productores o simples consumidores, mantienen la independencia de tales y se acercan a la asociación en busca de la respuesta a la CARENCIA que les limita.

También puede haber asociación en términos de necesidades o carencias sociales o infraestructurales o de acceso a servicios básicos. Esa asociatividad debe producirse siempre en el nivel independiente.

El desarrollo local implica, pues, la formación de asociaciones de todo tipo que den respuesta a la organización productiva, a la gestión empresarial, a las necesidades de consumos productivos, sociales o infraestructurales. Y, consecuentemente, todas esas asociaciones tenderán espontáneamente a formar redes productivas, de intercambio o sociales. El paso siguiente es la federalización y la formación de circuitos de intercooperación entre las diferentes asociaciones, dando lugar a sistemas productivos locales que luego se interrelacionarán en niveles

superiores con otros circuitos y sistemas, formando redes micro o regionales.

La asociatividad, en consecuencia, en el ámbito local, responde a un aspecto clave de la teoría de la cooperación: la gente se une en su carácter de consumidores.

## **2.4. Antioquia y las posibilidades de la asociatividad**

Las empresas de economía social y solidaria de la región colombiana de Antioquia, han incursionado principalmente en los sectores relacionados con la producción y la comercialización agropecuaria, e igualmente en la distribución de artículos de consumo a los hogares y en la prestación de servicios diversos a la comunidad. De manera muy tangencial han estado vinculadas a los procesos productivos secundarios.

En el ámbito de la producción y comercialización agropecuaria y agroindustrial, las organizaciones de economía solidaria han intervenido, especialmente las cooperativas (aunque en los últimos años lo han hecho diversas asociaciones de productores), alrededor de productos tales como el café, la leche, el plátano, la panela y frutos exóticos. En los dos primeros, se encuentran éxitos empresariales personificados en las cooperativas de caficultores y de productores de leche.

Las condiciones de vida, con porcentajes superiores a los del promedio departamental, que se aprecian en la subregión de la Meseta del Norte, por ejemplo, son el producto del esfuerzo empresarial cooperativo de los productores lecheros y, así mismo, el resultado de la persistencia financiera de sus diversas cooperativas de ahorro y crédito. El desarrollo de la infraestructura vial y de las propias localidades en el Suroeste Antioqueño, es el resultado de la acción emprendedora de los cafeteros, organizados en cooperativas con un amplio radio de acción regional.

Las cooperativas con actividad financiera de Antioquia han estado fuertemente vinculadas a procesos de desarrollo local, sobre todo las ubicadas en la Meseta del Norte, en el Oriente Antioqueño y en el Nordeste del departamento. A lo largo de la historia de este grupo cooperativo, la preocupación por producir satisfactores de protección ha estado inmersa en sus objetos sociales; independientemente de la actividad principal que sustenta estas cooperativas, han incursionado en servicios de salud, constituyendo áreas de atención en este campo; situación que también ha sido común en las asociaciones mutuales.

La previsión exequial también ha sido una de las preocupaciones complementarias de las organizaciones de economía solidaria. La centenaria presencia de las mutuales ha generado un proyecto cultural alrededor del rito de la muerte, arraigado entre los sectores populares y

desde el mundo cooperativo se han forjado áreas de actividad que recogen la experiencia mutua y la adaptan a sus propias características.

Ahora bien, al tenor de los cambios producidos por la megatendencia de la descentralización, muchas nuevas opciones se le han presentado a la economía social y solidaria para vincularse al desarrollo local. Aunque todavía como prácticas empresariales marginales, se viene incursionando en la prestación de servicios básicos domiciliarios y comunitarios, enfrentando retos empresariales alrededor de los servicios de aseo municipal, reciclaje, construcción y mantenimiento de obras públicas, administración de acueductos, etc. Ellas son la expresión del nuevo mundo de lo local.

Esta corta relación de la presencia del cooperativismo y la economía solidaria en esta región colombiana, es un reconocimiento a su potencial generador de desarrollo y a su capacidad de intervenir en un territorio diverso con una larga historia productiva centrada en la forma empresarial capitalista.

La naturaleza ha sido pródiga con este territorio pero, así mismo, el flagelo de la inequidad social campea en todos sus rincones; esta se ha formado históricamente por los poderes dominantes fermentados durante siglos pero también por la inexistencia de una política –por lo menos en los últimos cincuenta años– que haga énfasis en la localización del desarrollo.

También es claro que los territorios comprendidos en Antioquia tienen particularidades geográficas que los diferencian unos de otros. Algunas subregiones son fértiles y otras bastante estériles y con suelos agotados; algunos sobredimensionados y otros abandonados; hay territorios con gran intensificación productiva y otros con deficiencias en el uso del suelo. Pero, en todo caso, muchos de los recursos materiales e inmateriales de Antioquia son de orden latente, y para lograr su visión de futuro, todos estos recursos deben ser movilizados localmente a través de múltiples emprendimientos que privilegien la asociatividad. Estamos convencidos que el tren del desarrollo arranca con el crecimiento del emprendimiento local, la iniciativa del pueblo y su natural tendencia a la asociatividad.

## **CONCLUSIONES**

De las anteriores reflexiones teóricas y metodológicas, se puede establecer una primera gran conclusión: existe una simbiosis entre la unidad territorial (aldea, comuna o municipio) y la unidad empresarial (la organización) para responder eficiente y sostenidamente a las tareas sociales; sólo mediante esa relación se permite el bien común y la perfección para

la vida. Hoy por hoy vivimos un momento trascendental, en el cual es posible incentivar y producir ampliamente dicha simbiosis.

Un Estado democrático y una sociedad organizada deben entender que la economía, la sociedad y el territorio están involucrados interdependientemente y la metodología básica para lograr armonía en esa relación es la asociatividad.

Para construir un modelo que conduzca a una Antioquia “*justa, pacífica, educada, pujante y en armonía con la naturaleza*”, como reza la visión de desarrollo hacia el año 2020, hay que avanzar hacia la definición táctica del desarrollo local, identificando potencialidades de todo tipo en el territorio. Sin embargo, desde el punto de vista de la experiencia mundial, un modelo de desarrollo endógeno, como el que se pretende, requiere de un esfuerzo inmenso por involucrar a la comunidad.

La comunidad es la ejecutora de cualquier política de desarrollo. No son los agentes externos los que construyen la visión del desarrollo no mucho menos los que la hacen real. Pero esta comunidad se hace consciente y participante sólo a través de la asociatividad.

Por tanto, si en una comunidad dada no existen mecanismos de asociación claros y duraderos, ni una metodología adecuada para construirlos, por mucho fomento económico que se verifique en la localidad, por muchos agentes externos que intervengan, por muchos recursos que en este propósito invierta el Estado o la Cooperación Internacional, no habrán avances significativos en mejoramientos productivos ni en la generación de ingresos ni en el aumento de valores agregados ni en la calidad de vida.

Un proceso de recomposición de la política económica de Antioquia, mediante un mayor énfasis en el desarrollo local, necesariamente debe tomar en cuenta la experiencia de la cooperación universal y la metodología de organización de las comunidades en cooperativas y formas asociativas que se le asimilen. Juan Eugenio Ricci plantea que:

“Cada entidad asociativa que tenga cierto grado de consolidación y asentamiento territorial, acrecentado en el tiempo por el servicio que presta y la calidad de esta prestación, está en condiciones (institucionales y de voluntad) de acompañar el progreso económico, crecimiento productivo y formalización en nuevas formas asociativas (o no), de los emprendimientos de producción de bienes y servicios que surjan en su territorio” (Ricci, 2004: 3).

Argumenta, igualmente, que todo lo que se produzca y construya bajo la lógica de la asociatividad está necesariamente destinado a ampliar la base económica territorial, ya que los excedentes de estas asociaciones, al ser distribuidos en forma de servicio, giran permanentemente en re-inversiones locales, siendo, por lo tanto, parte cierta del ahorro interno.

Las posibilidades del desarrollo están mediatizadas por la capacidad de asociatividad producida en los territorios. Es claro que las políticas públicas deberían privilegiar el fortalecimiento de todo emprendimiento que tenga como objetivo consolidar el desarrollo local y comunitario.

## NOTAS

1. Son variadísimos los estudios históricos, surgidos de diversas vertientes de pensamiento, que tratan sobre la formación de las ciudades medievales, el establecimiento de los gremios de artesanos y su evolución hacia otras formas de organización. Los más destacados trabajos son los de Henri Pirenne (1986), Francois Gizot (1968) y P. A. Kropotkin (1989).
2. Este es un concepto ampliamente analizado por autores contemporáneos, entre los cuales destacan: John Naisbitt (1984), Manuel Castells (1996), Jeremy Rifkin (1996) y Peter Drucker (1997).

## BIBLIOGRAFÍA

- ARISTÓTELES (2000). *La política*, Bogotá, Ediciones Universales.
- BOISIER, Sergio (1986). "Palimpsesto de las regiones como espacios socialmente cons-truidos", en: *Territorio, espacio y sociedad*, Santiago de Chile, Editorial Pehuen.
- CASTELLS, Manuel (1996). *La sociedad Red*, volumen 1, Madrid, Alianza Editorial.
- DRUCKER, Peter (2002). *La Sociedad. Escritos Fundamentales* (Tomo 3), Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- DRUCKER, Peter (1996). *La sociedad postcapitalista*, Colombia, Grupo Editorial Norma, S.A.
- FEUERBACH, Ludwig (1976). *Principios de la filosofía del futuro*, Barcelona, Orbis.
- GIDE, Charles (1968). *Cooperativismo*, Bogotá, Publicoop.
- GIZOT, François (1968). *Historia de la civilización en Europa*, Madrid, Alianza Editorial.
- HUSSLEIN, José (1932). *La evolución del trabajo*, Santiago, Imprenta Walter Gnad.
- KROPOTKIN, P. A. (1989). *El apoyo mutuo, un factor de evolución*, Cali, Editorial Madre Tierra.
- NAISBITT, John (1984). *Megatendencias*, Bogotá, Grupo Editorial Mirte-Círculo de lectores.
- PIRENNE, Henri (1986). *Historia económica y social de la Edad Media*, México, Fondo de Cultura Económica.
- RICCI, Juan Eugenio (2004). El asociativismo y la economía social. <http://www.neti-coop.net.uy>.
- RIFKIN, Jeremy (1996). *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo; el nacimiento de una nueva era*, Barcelona, Paidós.
- TEILHARD DE CHARDIN, Pierre (1984). *El fenómeno humano*, Barcelona, Orbis.
- ZABALA SALAZAR, Hernando (1998). *Las teorías sobre la solidaridad y el porvenir de la cooperación*, Medellín, CINCOA.